

gistrando el baúl, después del reconocimiento minucioso que en la cómoda hizo.—¡Y no se comprende que siendo él tan rico y ella una pobre!...» El baúl, que sólo contenía ropas viejas, no dió tampoco nada de sí. «Pues tiene que haber algo...—rezongó la señora,—tiene que haber algo. En alguna parte está el escondrijo. Dinero hay, ó no hay dinero en el mundo.»

Cansada de su inútil escrutinio, y guardando las llaves, que formaban apretado racimo, digno del arsenal de una compañía de ladrones, doña Lupe se sentó á meditar, y poniéndose una mano sobre el pecho de algodón y acariciándose, se rascó con los dedos de la otra la frente, allí donde principia el cabello, como quien estimula la generación de una idea, y dijo: «Pues si efectivamente no le ha dado nada, hay que reconocer que ese hombre es el mayor de los indecentes.»

VII

Apretaba el calor, y las escenas que he descrito se repetían, reproduciéndose con ese amaramiento que suele tomar la vida humana en ciertos periodos, cual fatigado artista que descuida la renovación de la forma. Los paseitos por la noche para tomar el tranvía del *barrio*; las excursiones á algún teatro de verano; las

tertulias en casa de Samaniego ó de Rubín; las garatusas del crítico en la calle; la romántica figura de Olimpia colgada en el balcón como una muestra ó insignia que dijera: «aquí se ama por lo fino»; las extravagancias de Ballester; los espasmos de Maxi, todo continuaba repitiéndose de día en día con regularidad de programa.

En Agosto ocurrió algo que no estaba en los papeles, y fué del modo siguiente: Una mañana fué Torquemada á ver á doña Lupe para tratar de negocios. Con su traje de verano, tenía el buen D. Francisco aspecto semejante al de los militares que vienen de Cuba, pues á más del trajecito azul, se había encasquetado un sombrero de paja de ala ancha. Su camisa de rayas coloradas parecía la bandera de los Estados Unidos, y para recalcar más su facha americana, llevaba una joya en la corbata y una cadena de reloj interminable, que le daba muchas vueltas de una parte á otra del pecho. Los pantalones eran tan cortos, que al sentarse se le veía media pierna. Allí venía bien decir que el *difunto era más chico*. Todo ello parecía prendas heredadas, ó venidas á su poder por embargo judicial, ó cogidas á algún filibustero. Servíale el sombrero de abanico cuando estaba en visita, con la ventaja de que las personas circunstantes participaban de la ventilación que daba aquella prenda tropical tan bien manejada.

Un rato llevaban de interesante conferencia,

BIBLIOTECA DEL CONGRESO DE REYES
1906. 1825 MONTERREY, MEXICO

cuando sonó la campanilla, y á poco entró Maxi en el gabinete, que era donde su tía y D. Francisco éstaban. Fortunata estaba planchando. En cuanto vió llegar á su marido, fué á ver qué se le ofrecía, pues algo desusado debía de ser. A tal hora, las diez de la mañana, no venía jamás á casa el pobre chico. Echándose un pañuelo por los hombros, porque el calor de la plancha la obligaba á estar al fresco, pasó al gabinete. Lo mismo ella que su tía se pasmaron de ver en el semblante del joven una alegría inusitada. Los ojos le brillaban, y hasta en la manera de saludar á D. Francisco advirtieron algo extraño, que las llenó de alarma. «Hola, D. Paco; yo bien, ¿y usted?... ¿Y doña Silvia y Rufinita, siguen tomando los baños del Manzanares?» Este lenguaje tan confianzudo, era lo más contrario al temperamento y á la timidez de Maxi.

—¿Qué traes por aquí á esta hora?—le preguntó su tía, disimulando su sorpresa.

Fortunata le examinaba atentamente, sentada lejos del grupo principal, en una silla próxima á la puerta de la alcoba de doña Lupe. Él no se sentó, y después de aquel saludo tan campechano que le echó al usurero, se puso de espaldas al balcón con las manos en los bolsillos, mirando á todos como quien espera recibir felicitaciones. «Pues nada—dijo,—que estoy de enhorabuena.»

—Qué, ¿te ha caído la lotería?

—No es eso... ¿Para qué quiero yo loterías? Ni falta... Es mucho más que eso, porque he encontrado lo que buscaba. Ya le dije á usted que estaba pensando, que sólo me faltaba una fórmula para completar...

—¡La combinación!... Pues qué, ¿has encontrado la *panacea*?—expresó la tía con incredulidad.

—No es mal nombre si usted se lo quiere dar—dijo el pobre chico, exaltándose más á cada palabra.—De *pan*, que significa todo... y *años* que es lo mismo que decir *remedio*. Que lo sana y purifica todo, vamos...

—¡Gracias á Dios que haces algo de provecho!—declaró doña Lupe, recelosa, observando las miradas de Maxi, cuyo resplandor de júbilo era enteramente febril.

—Anoche estuve toda la noche discurriendo muy intranquilo, los sesos como ascuas, porque al plan, mejor dicho, al sistema no le faltaba más que una fórmula para estar completo... ¡La maldita fórmula!... Por fin, ahora, hace un ratito, se me ocurrió; dí un brinco de alegría. Ballester, que no comprende esto, ni lo comprenderá nunca, se enfadó conmigo y no me quería dar papel y tinta para escribir la fórmula y dejarla consignada... Temo que se me escape, que se me vaya de la cabeza... Mi memoria es una jaula abierta, y los pájaros... pif...

Doña Lupe y Fortunata se miraron con tris-

teza. «Bueno—dijo la tía viendo que le venía encima una nube.—Tranquilízate, escribirás la fórmula, harás tu *panacea*, tendrá un gran éxito y ganaremos mucho dinero.»

—¡Ah!...—exclamó él con la expresión que se da á toda idea de un trabajo abrumador.—No crea usted... para exponer el sistema completo con claridad bastante para que todos lo comprendan, se necesita quemarse las cejas... ¡digo! Tendré que pasar las noches de claro en claro. No importa; cuando esto empiece á correr, verán ustedes; adquiriré una reputación y una gloria tan grandes, pero tan grandes, que...

—Adiós mi dinero—murmuró doña Lupe, y Fortunata dijo para sí algo parecido.

—El problema que quedaba por resolver—dijo Maxi acercándose á su tía y dando castañetazos con los dedos—era el de la emanación de las almas. ¿De dónde emana el alma? ¿Es parte de la substancia divina, que se encarna con la vida y se desencarna con la muerte para volver á su origen?... ¿ó es una creación accidental hecha por Dios, subsistiendo siempre impersonal? Aquí estaba el intringulis.

Doña Lupe dió un gran suspiro, mirando á D. Francisco que guiñaba los ojos de una manera entre burlesca y compasiva.

—¡Hijo, por Dios!—dijo Fortunata acercándose,—no discurras esas cosas, que dan dolor de cabeza... Sí, está muy bien; pero todo lo que

hay que averiguar sobre esto está ya averiguado... No te calientes la cabeza.

—Querida mía (rechazándola con dulzura y tomando un tonillo enfático), si en este *via crucis* de trabajos y persecuciones que me espera; si en el camino doloroso y glorioso de este apostolado no me quieres acompañar tú, lo sentiré por ti más que por mí; pero tú al fin vendrás. ¿Cómo no, si eres pecadora, y para los pecadores, para su redención y para su salvación es para lo que yo pienso lo que pienso y propongo lo que propongo?

Fortunata volvió á la apartada silla en que antes estuvo, y doña Lupe, después de llevarse las manos á la cabeza, hizo un gesto de conformidad cristiana. Le faltaba poco para echarse á llorar. En este punto creyó oportuno Torquemada intervenir, con esperanza de que sus discretas razones enderezaran el torcido *intellectus* del desdichado joven. «Mire usted, amigo Maximiliano: yo creo que todo lo que debemos saber sobre eso ya nos lo han enseñado. Y lo que no, más vale que no lo sepamos... porque el mucho apurar las cosas le quita á uno la fe. Esta vida no es más que un mediano pasar: así lo encontramos y así lo hemos de dejar; y por mucho que miremos para el cielo no ha de caer el maná... «Ganarás el pan con el sudor de tu frente», dijo quien dijo, y no hay más. ¿Qué saca usted de ponerse á cavilar sobre si el alma es

esto ó aquello? Si al fin nos hemos de morir... Tengamos la conciencia tranquila; no hagamos cosas malas, y ruede la bola... y no temamos el materialismo de la muerte; que al fin polvo somos y...

—Basta, no siga usted—dijo Maxi ceñudo, cortándole el discurso.—Si usted es materialista, nunca nos entenderemos.

—No, si lo que yo digo es que el alma tiene el pago que merece, y como el cuerpo no es más que á la manera de un cascarón, cuando éste se pudre, á mí no me asusta el materialismo de hacerse uno polvo.

—Ya... comprendido—dijo el otro con mayor exaltación y acentuando la contrariedad que experimentaba.—Usted es de la escuela de mi hermano Juan Pablo: *fuera y materia*. Ya discutiremos eso. Yo expondré mi doctrina; que exponga Juan Pablo la suya, y veremos quién se lleva tras sí á la señora humanidad.

Diciendo esto giró sobre un tacón, y rápidamente salió, marchándose á su cuarto. Su mujer fué tras él muy afligida. Maxi se sentó en la mesilla en que tenía algunos libros y recado de escribir. Apoyando la mano en el hombro de él, su mujer miró los garrapatos que trazaba con febril mano sobre un papel.

—Ved aquí fijados los puntos capitales—balbucía él escribiendo.—«Solidaridad de substancia espiritual. La encarnación es un estado

penitenciario ó de prueba. La muerte es la liberación, el indulto, ó sea la vida verdadera. Procuremos obtenerla pronto...»

—Chico, descansa ahora un ratito—díjole su esposa tratando de quitarle la pluma de la mano.—Bastante has trabajado hoy con esos cálculos tan difíciles... Mañana seguirás... No, no creas que me parece mal; yo te ayudaré á pensar... hablaremos de esto. Yo también discurro.

Contra lo que esperaba, Maxi no se irritó. Tenía su semblante expresión seráfica; sus modales eran suaves, y más parecía un iluminado antiguo, cuya demencia se elaboraba en la soledad claustral, que el insensato de estos tiempos, educado para el manicomio en los febriles apetitos de la sociedad presente.

—Tú también discurre—le dijo con dulzura.—Lo sé; tú piensas, porque sientes; tú me comprendes, porque amas. Has pecado, has padecido; pecar y padecer son dos aspectos de una misma cosa; por consiguiente, tienes el sentimiento de la liberación... Usando una parábola: te escuece en las muñecas el grillete de la vida.

Fortunata se quedó en ayunas de toda esta cantinela; pero por no contrariarle, respondía que sí. «Lo que es por padecer no ha de quedar, porque toda mi vida ha sido un puro suplicio... Pero ahora no te ocupes más de eso.»

Doña Lupe miraba por el hueco de la puerta entornada.

—Tú me ayudarás—prosiguió Maxi con ráfagas de inspiración religiosa en sus ojos encandilados;—tú me ayudarás á propagar esta gran doctrina, resultado de tantas cavilaciones, y que no habría llegado á ser completamente mía sin el auxilio del cielo. El gran misterio de la revelación se ha renovado en mí. Lo que sé lo sé porque me lo ha dicho quien todo se lo sabe.

Observando entonces que su tía le miraba, extendió la mano para llamarla, y le dijo: «Tía, pase usted... Aquí no hablamos en secreto. También usted será conmigo en la inmensa... en la inmensa y dolorosa propaganda... Por cierto que no me explico, que no sé cómo ustedes dejan entrar aquí á ese materialista...»

—¡Don Francisco!... Hijo, ¿pues qué mal puede hacerte?

—Mucho, tía, mucho; porque todos los de esa infame secta no me pueden ver ni pintado, y si ese hombre sigue entrando en esta casa con tanta confianza, podría intentar el descrédito de mi sistema, robándome antes mi honor.

Y miraba á Fortunata como para buscar en su rostro la aseveración ó apoyo de lo que decía. Ella lo comprendió. «Tiene razón, tía... ese materialista que no entre más aquí.»

—Pues no entrará, hijo, no entrará... Vaya. Yo le diré que se largue con su materialismo á los infiernos.

—¿Te sientes bien? ¿Quieres tomar algo?—le dijo su mujer con cariño.

—Me siento tan bien como nunca me he sentido, créanmelo (demostrando en su tono y semblante la placidez de su alma). Desde que dí con la tan rebuscada fórmula, paréceme que soy otro... Antes mi vida era un martirio; ahora no me cambio por nadie. No me duele nada; me siento bien, y para colmo de felicidad, no tengo ganas de comer ni de dormir...

—Pues es preciso que tomes algo.

—No lo necesito... créanmelo. Verán cómo no lo necesito. Si soy otro; si no tengo ya carne, ni para nada la quiero. No tengo más que el esqueleto, y él se basta para llevar el alma.

A Fortunata se le humedecieron los ojos. Poco después, cuando salió un instante, encontró á doña Lupe lloriqueando. «Está perdido—le dijo la señora de Jáuregui, —enteramente perdido... Ya esto no tiene soldadura.»

VIII

Aquella tarde pasaron las dos pobres mujeres ratos muy malos. Quedóse él como aletargado en el sofá de la alcoba, más propiamente en éxtasis, porque tenía los ojos abiertos, y no parecía enterarse de nada de lo que á su alrededor pasaba. Fortunata tomó su costura y se le sentó

al lado, esperando á ver en qué paraba aquello. Doña Lupe entraba y salía, dando suspiros y haciendo algún puchero. Al llegar la hora de comer, Maxi se despabiló un poco, resistiéndose á tomar alimento. Ellas no tenían ganas de probar bocado, y le instaban á él á que lo hiciese, empleando los más extraños medios de persuasión. Por fin, doña Lupe obtuvo resultado con este argumento: «No sé yo cómo vas á resistir esa vida de trabajos sin comer algo. Se dice de Cristo que ayunaba, pero no que estuviera días y días sin probar bocado. Al contrario, su institución fundamental, la Eucaristía, la hizo cenando...»

Con esto, Maxi se avino á tomar un plato de sopa y un poco de vino; pero de aquí no le hicieron pasar. Después parecía más exaltado. Tomándole las manos á su mujer, le dijo:

«Yo no soy más que el precursor de esta doctrina; el verdadero Mesías de ella vendrá después, vendrá pronto; ya está en camino. Quien todo se lo sabe me lo ha dicho á mí.»

Fortunata no entendía palotada.

Doña Lupe mandó recado á Ballester, que fué á verle después de anochecido. No sabía vencer el farmacéutico su genio vivo y zumbón, ni mostrarse tan habilidoso como el caso exigía, y aunque Fortunata le tiraba de los faldones de la levita para que tomase un tono más contemporizador, el maldito no se podía contener:

«Vaya con la que saca ahora... Pero, hombre de Dios, ¿á usted qué le importa que el alma venga de acá ó venga de allá? ¿Qué se mete usted en el bolsillo con esto? ¿Cree que le van á dar algo por el descubrimiento? Anteayer me dió usted la gran jaqueca con aquello de *la cosa en sí*... Pues pongamos que sea *la cosa en no*. Yo digo que esto es música pura; *la cosa en sí bemol*. ¡Ah, qué tontita es la criatura y que refistolera! Porque esto de meter las narices en la eternidad, es una cosa que á Dios le debe cargar mucho. A nadie le gusta que le estén atisbando de cerca y viendo lo que hace ó deja de hacer. Por esto Dios, á todos los sobones y entrometidos que le siguen los pasos y le cuentan las arrugas, les castiga volviéndoles tontos. Conque, saque usted la consecuencia. Parece mentira que un hombre que podría ser el más feliz del mundo, casado con esta perla de Oriente y sobrino de esta tía, que es otra perla, se devane los sesos por cosas que no le importan. ¡Si nadie se lo ha de agradecer!... En fin, que si estas señoras me autorizan, yo le curo á usted con el extracto de fresno administrado en vírgulas, uso externo, por la mañana y por la tarde.»

Maxi le miraba con desdén, y el otro, viendo que sus cuchufletas no hacían el efecto de costumbre, púsose más serio y tomó por otros rumbos. Al salir, acompañado hasta la puerta por las dos señoras, les dijo: «Le voy á dar la *hat-*

chisschina, ó extracto de cáñamo indiano, que es maravilloso para combatir el abatimiento del ánimo, causante de las ideas lúgubres y de la manía religiosa. Efecto inmediato. Verán ustedes... Si se le da á un anacoreta, en seguida se pone á bailar.»

Como la nueva fase del trastorno de Maxi era pacífica, tía y esposa estaban en expectativa. Por las noches no se movía de la cama, y si bien es verdad que hablaba solo, hacíalo en voz baja, en el tono de los chicos que se aprenden la lección. Á pesar de esto, Fortunata se ponía tan nerviosa que no podía pegar los ojos en toda la noche, durmiendo algunos ratos de día. El enfermo no iba ya á la botica, ni mostraba deseos de ir á parte alguna, pareciendo caer en profunda apatía y reconcentrar toda su existencia en el hervidero callado y recóndito de sus propias ideas. Fuera de los paseos que daba en el comedor ó en la alcoba, no hacía ejercicio alguno, y después de la inapetencia de los primeros días le entró un apetito voraz, que las dos mujeres tuvieron por buen síntoma. A la semana manifestó deseos de salir, pero una y otra trataron de disuadirle. Estaba tranquilo, y como hablara de algo distinto de aquellas manías de la emanación del alma y de la doctrina que iba á predicar, se expresaba con seso y hasta con donaire. Poco á poco iban siendo menos los ratos de extravío, y se pasaba largas horas completamen-

te despejado y tratando de cualquier asunto con discreta naturalidad. Fortunata hacía que le ayudase á estirar ropa ó á devanar madejas, y él se prestaba á todo con sumisión; doña Lupe solía encargarle que le arreglase alguna cuenta, y con esto se entretenía, y nadie le tuviera por dañado en la parte más fina de la máquina humana. A principios de Septiembre, habiendo llegado á estar tres días sin mentar para nada aquel galimatías del alma, las dos señoras estaban muy alegres confiando en que pasaría pronto el ramalazo. Volvieron los paseos de noche, y por fin le permitieron salir solo, y reanudó sus trabajos en la botica, cuidadosamente vigilado por Ballester.

Fortunata tenía además otros motivos de hondisima pena. *Aquél* no le había escrito ni una sola carta, faltando á su solemne promesa. ¡Ingrato! ¿Qué le costaba poner dos letras diciendo, por ejemplo: *Estoy bueno y te quiero siempre?* Pero nada, ni siquiera esto... Revelaba estas tristezas á su única confidente, Aurora, en aquellos ratos de charla sabrosa que las señoras mayores les permitían. La inauguración de la tienda de Samaniego, que se verificó hacia el 15 de Septiembre, tuvo á la viuda de Fenelón muy atareada en aquellos días. Pocas veces se vió en un comercio de Madrid tanto movimiento ni más claras señales de que había caído bien en la gracia y atención del público. Las novedades

de exquisito gusto, traídas de París por Pepe Samaniego, atraían mucha gente, y las señoras se enracimaban y caían como las moscas en la miel. Los dependientes no tenían manos para enseñar, y Aurora estaba rendida de trabajo, porque los encargos de *trousseaux* y ajuares se sucedían sin interrupción. Doña Casta no estaba tranquila el día en que no iba á meter las narices en la tienda y taller, para traerle luego el cuento á doña Lupe de los encargos que había, y de lo que se estaba haciendo para la Casa Real y otras que sin ser reales tienen mucho dinero. Fortunata iba poco, por propia inspiración y también por consejo de Aurora, pues no convenía que la viesan allí las de Santa Cruz, que frecuentaban mucho el taller y tienda.

Los domingos pasaban juntas las dos amigas toda la tarde en la casa de una ó de otra, y allí era el comer dulces y el contarse cositas, sentadas al balcón, viendo las idas y venidas del crítico desde la calle de los Tres Peces á la de la Magdalena. Él no tendría criterio, pero lo que es piernas...

Un domingo de los últimos de Septiembre, la Fenelón llevó á la otra una noticia importante: «Mañana vienen. Hoy ha estado Candelaria limpiando toda la casa.»

Lo que Fortunata sintió era una combinación de pena y alegría que no la dejaba hablar. Porque deseando que volviese, al mismo tiempo

tenía presentimientos de una nueva desgracia. ¡Cuidado que no haberle escrito ni una sola letra, pero ni una...! Aurora convenía en que era una gran bríbonada. Después que pusieron á esto los comentarios propios del caso, la de Fenelón dijo á su compinche algo más que fué oído con extraordinaria curiosidad y atención: «¿Crearás que se me ha metido una cosa en la cabeza?... Ello no será; pero bien podría ser. Ayer estuvo doña Guillermina en la tienda. Pepe le había ofrecido una cantidad para su obra, si salía bien la inauguración; y nada... que se plantó allí á cobrar... Pues hablando de la familia, dijo que el primo Moreno viene también mañana con ellos. Se fué con ellos y con ellos vuelve. Yo sé que han pasado el verano en Biarritz, y después han ido todos á París... ¿Qué te parece á ti? El primo Manolo no viene á España más que, *por ejemplo*, en invierno; nunca ha venido en Septiembre. Y eso de pegarse á la familia de Santa Cruz, ¡él, que gusta de andar siempre solo! Ello no será; ¡pero hay tantas cosas que parece que no pueden ser y luego son! Antes de que partieran, me pareció á mí, por ciertas cosas que vi y oí, que al *buen hombre* le gustaba demasiado Jacinta. ¡Si habrá algo!... ¿A ti qué te parece?»

Fortunata estaba absorta y como lela. Le parecía increíble lo que su amiga contaba.

—¡Porque es muy rara esa persecución! ¡Siempre con ellos... un hombre que no hace su nido

en ninguna parte!... Yo no sé, no sé. ¿Habrá algo?... ¿qué te parece á ti?

—Pues...—dijo la de Rubín pensándolo mucho,—á mí me parece que no.

—Pues como haya algo, no se me ha de escapar, porque estoy allí, como quien dice, en mi garita de vigilancia. Desde la ventana de mi entresuelo, veo los miradores de la casa de Santa Cruz y los de Moreno. Como haya telégrafos, cuenta que les atrapo el *juego*... A ti que te parece... ¿Habrá...?

—Me parece que no—volvió á decir Fortunata, pensándolo cada vez más.

IX

La noticia del regreso de los de Santa Cruz, que le fué comunicada por Casta, avivó en la viuda de Jáuregui los deseos de emprender su campaña reparadora en favor de su sobrina. Cogióla muy á mano aquel día, y le endilgó otra perorata: «Ahora ó nunca. El enemigo en puerta. Estoy á tus órdenes, por si quieres consejos ó un plan de defensa en toda regla.» Dicho esto, trató de meterle los dedos en la boca para salir de dudas respecto á si había recibido ó no alguna cantidad gruesa de manos de su amante.

Fortunata no apartaba los ojos de la ropa que

estaba repasando. «Comprendo—expuso la señora con acento parlamentario—que tengas coriedad para confesarme ciertas cosas, y por mi parte, te soy franca: no te tengo yo por peor de lo que eres; no creo, como podrían creerlo otras personas, que tu debilidad es interesada, y que quieres á ese hombre porque es rico, y que no lo querías si fuese pobre. No, yo no te hago ese disfavor... para que veas. Tengo la seguridad de que, arrastrada y todo como eres, loca y sin pizca de juicio, tus faltas nacen del amor y no del interés; y los mismos disparates que haces por un hombre poderoso que te da grandes cantidades, los harías si fuera un pobre pelagatos y tuvieras que comprarle tú á él una cajetilla.»

—¿Qué está usted ahí hablando de grandes cantidades?—preguntó Fortunata mirándola con sorpresa y casi echándose á reír.

—No, si esto no es para que me digas la cifra exacta. Cállatela... haz el favor... que ciertas cosas vale más que se queden dentro. No vayas á creerte que pretendo me entregues á mi esos capitales para colocártelos... No, ya sabrás tú manejarlo bien...

—¿Pero qué está usted diciendo... señora?...

—No, yo no digo nada. Me repugnaría, puedes creerlo, manejar esos fondos.

—¿Pero qué fondos ni qué...? Usted está soñando.

—Vaya... ¡si pretenderás que me trague yo

esa rueda de molino más grande que esta casa!
¡Si me querrás hacer creer que no te da...!

—¡A mí!

—No me hagas tan tonta...

—No sé de dónde ha sacado usted... Para que lo sepa de una vez: no tengo nada. Me daría si me viera en una necesidad. Me ha ofrecido... pero yo no he querido tomarlo.

Iba doña Lupe á soltarle otra andanada. «Valiente turrón te ha caído, grandísima idiota. Por no saber, no sabes ni siquiera perderte.» Pero se contuvo y se tragó su ira, desahogándola después en agitado soliloquio: «No he visto otra. No tiene vergüenza, ni tampoco sentido común. ¡Qué canalla y al mismo tiempo qué bestia! Si hubiera un infierno para los tontos, ahí debieras ir tú de cabeza.»

Maximiliano volvía lentamente á la vida regular, sin que esto quiera decir que se le quitara de la cabeza la idea aquella. Habíase transformado, y así como en las crisis hepáticas hay derrames de bilis, en aquella crisis mental parecía haberse verificado un derrame de sentimientos. No sólo era ya pacífico, sino tiernísimo, y sus afectos se habían sutilizado, como el licor que pasa por el alambique. Las fórmulas de cariño que con su tía y su mujer usaba eran extraordinariamente suaves y hasta empalagosas; se afligía cuando causaba alguna molestia, y agradeciendo mucho los cuidados que se le

prodigaban, los rehuía como pudiera. Iniciábase en él cierta tendencia á imponerse privaciones y sufrimientos, y la mortificación, que antes le sublevaba, por liviana que fuese, ya le complacía. Si en la conversación, ó en aquellas polémicas que con su familia tenía á las horas de comer, se le escapaba una palabra más alta que otra, luego sentía remordimientos de haberla pronunciado, y si no la recogía, pidiendo perdón de ella, era porque la timidez le ponía un freno.

Un día hubo de decirle á Papitos, porque no le había limpiado las botas: «Vaya con la chiquilla esta... ¡Verás tú!» Y al salir de la casa sintió tal pena de haberse expresado con displicencia y ardor, que le faltaba poco para derramar una lágrima. «¡Cuándo se me quitará esta costumbre viciosa de ultrajar á los humildes!... ¿Qué más da que estén las botas con ó sin betún? La que debe tener lustre es el alma, no el calzado. Parece mentira que los humanos demos tal valor á estas niñerías. ¡Injusto estuve con la pobre chiquilla! ¡Inocente y angelical criatura! Soy un animal... ¿Pero quién es el guapo que de estrellas abajo entiende y practica la justicia? El tenido por justo hace setenta y dos barbaridades cada día. Trabajo cuesta el desprenderse de esta sarna moral heredada, con la cual nace uno y con la cual vive hasta que llega la hora de la liberación.»

—¿Qué trae usted ahí entre ceja y ceja? ¿Saco la vara?—le dijo Ballester con aquella dureza que era, según él, el más eficaz tratamiento.—Porque hoy me parece que venimos muy *evangelísticos*. Cuidadito. Ya sabe usted cómo las gasto.

—Pégume usted. No me importa—le contestó Maxi, dejando el sombrero en la percha.—Lo merezco, como lo merece toda persona que se enfada porque no le han limpiado las botas. ¡Qué humanidad tan imbécil! Amigo Segismundo, ¡qué hermosa es la muerte!

—Si me vuelve usted á decir que es hermosa la muerte—replicó el otro cogiendo la vara y esgrimiéndola cómicamente,—le lleno el cuerpo de chichones. ¡Decir que es guapa esa tarasca, mamarracho, más fea que el no comer! Mírela usted allí, mírela allí con esa cara que da asco... mírela, y como diga que es guapa, le pulverizo.

Señalaba á un emblema pintado en el techo de la botica, en el cual estaban, decorativamente combinados, la serpiente de Esculapio, el reloj de arena del Tiempo, un alambique, una reorta, el busto de Hipócrates y una calavera.

—Si quiere usted contemplar toda la gracia del mundo, mireme á mi—dijo Ballester que, dejando la vara, dió una vuelta, cogiéndose los faldones de la levita.—¿Estoy guapo, sí ó no?

Ballester ostentaba aquel día zapatillas nue-

vas, estrenaba traje de lanilla de los más baratos, y se había ido á la peluquería, donde después de cardarle la cabellera, se la habían rizado con tenacillas.

—Vaya, que está usted elegante—dijo Maxi, poniéndose á pesar unas dosis para pildoras.

—Pues más he de estarlo mañana. Mañana se casa mi hermanita con Federico Ruiz, un chico de mucho talento. ¿Le conoce usted? Los periódicos, que hablan constantemente de él, anteponen siempre á su nombre algún mote muy salado. Ahora le llaman *el distinguido pensador*. ¿A que no le llaman á usted así, á pesar de lo mucho que piensa? Porque usted no piensa con juicio y él sí.

Por la noche estaban en la botica, además de Ballester, los dos practicantes Padilla y Rubin. Como apareciese en la acera de enfrente el célebre crítico, Segismundo se vió acometido de la ira cómica que le producía la presencia de aquel personaje de tan indudable importancia en la república de las letras. «Tengo á ese caballero—decía—sentado en la boca del estómago... sobre todo desde que elogió aquella obra tan mala, estrenada este invierno, diciendo que en ella se *planteaba el problema*, y qué sé yo qué. Veréis: es aquel dramita moral en que se recomienda el matrimonio y las buenas costumbres; como que allí resulta que todos los solteros somos unos pillos; y porque un joven se retira

tarde y se gasta algún durete en picos pardos, me le llaman monstruo y el papá le maldice... Hay una escena en que todos se desmayan, porque sale uno muy malo, que resulta ser un hombre dedicado á la ciencia, el cual dice con la mayor frescura que él no cree en Dios aunque le fusilen. Total: que cuando la vi representar, pensé que me tragaba todos los eméticos que hay en mi farmacia. La moraleja de la obra es que sin religión no hay felicidad, y por eso la pone en las nubes este ángel de Dios, que es el alcaloide de la cursilería.»

Cerró la noche y Ponce se acercó para telegrafarse con su amada. Del balcón descendía una cuerda, á la que el joven ataba un papel.

—Le manda su último artículo—dijo el regente á sus amigos, acechando en la puerta de la farmacia.—Ahora baja la cuerda con un dulce... Como anoche, lo mismo que anoche. Veréis, veréis la broma que le tengo preparada.

Con nerviosa presteza fué á la rebotica y sacó del cajón un objeto del tamaño de una yema, blanco y de apariencia azucarada. Padilla se desternillaba de risa, y Maxi observaba con atención simpática.

—Pero es preciso que me ayudéis. Tú, Padillita, que le conoces, sales, te haces el encontradizo, le hablas de literatura dramática, le entretienes un rato volviéndole la cara para allá, y entretanto, yo, con muchísimo disimulo, me escu-

rro pegado á la pared, en el momento en que baja el bramante con el dulce. Quito la yema, ¿sabes?... y pongo ésta. La hice anoche. Es estricnina, á la dosis que se echa á los perros, bien neutralizado el sabor con regaliz, y forrada de azúcar. Se la come y revienta como un triqui-traque.

Padilla se partía de risa, y Maxi lo tomaba á broma.

—Hombre, matarle no—dijo Padilla.—Si la hubieras hecho de jalapa, escamonea ó cosa así...

—No, chico; si yo lo que quiero es que reviente... Iré á presidio... Me pierdo. ¿Y qué? No se la perdono... ¡Ultrajar á los hombres de ciencia y á los solteros!

Llevando su broma hasta el fin, Ballester porfiaba que la yema era venenosa; mas como el otro rechazara la complicidad en aquel homicidio, dióse á partido el exaltado boticario, diciendo que la pelotilla era de azúcar con aceite de croto, que es el derivativo drástico por excelencia. Maxi, que le había ayudado á hacerla, se sonreía. Como en estos dimes y diretes se pasó bastante tiempo, cuando Ballester quiso poner en ejecución la chuscada, ya había bajado el hilo con una yema de coco, y el crítico se la estaba comiendo. El otro se consoló pensando que otra noche consumaría su trágica venganza. «Él se la tiene que comer...—dijo guardando la bola.—Como me llamo Segismundo, se la tiene

que tragar, y entonces diré como mi tocayo:
«¡Vive Dios que pudo ser!»

X

Aquella noche, cuando Maxi subió á comer, encontró á su mujer un poco enferma. Le dolía la cabeza y tenía náuseas. Doña Lupe, que la estaba observando siempre, veía en su mal un pretexto para esconder de la familia los pesares que la consumían. «Lo que tú tienes—pensaba—es el afán de volver al reclamo. Estás luchando contigo misma. Quieres ir y no te determinas.» Algo de esto debía de ser, pues Fortunata se metió en su alcoba, resistiéndose á tomar alimento. Maximiliano no le instaba á que comiera, pues aquella actitud de su mujer tomábala él por querencia de privaciones, por iniciación del aniquilamiento, ó apetito de muerte y liberación. Doña Lupe, fatigada de lidiar con tanta insensatez de una y otra parte, se retiró, dejándoles solos y diciendo: «Haced lo que queráis. Allá os arregléis á vuestro gusto. Yo estoy rendida.» Comió sola, y con Papitos les mandaba de algún plato, que volvía casi intacto. Después entró un instante en la alcoba para preguntarles qué tal estaban, y se fué á descansar. «No puedo resistir más esta vida de perros—decía.—Dios tenga compasión de mí.»

Fortunata habría deseado que su marido se durmiese y la dejase en paz. Pero no parecía él dispuesto á hacerle el gusto en esto. Presentábase aquella noche bastante locuaz, lo que la disgustó mucho, pues pocas veces se había sentido con menos ganas de conversación. A poco de acostarse, observó que su marido, sentado frente á la mesa donde estaba la luz, sacaba del bolsillo un paquete, después otro, objetos envueltos en papeles, y los ponía frente á sí, como un hombre que se prepara á trabajar. El ligero ruido estridente que hace el papel al ser desdoblado, ruido que se acrecia con el silencio de la noche, molestaba á Fortunata atrayendo su atención. Lo primero que hizo Maxi fué sacar de un envoltorio de regular tamaño multitud de paquetes chicos muy bien doblados, como los que en Farmacia se llaman *papeletas*, forma en que se dividen y expenden las dosis de las medicinas en polvo. Pero después vió la joven que desliaba otro paquete de forma larga y... ¡Ay, Dios mío, era un cuchillo!... Lo estuvo él contemplando un rato por un lado y por otro, y acercaba la yema del dedo á la punta como para probar si era bien aguda. La esposa sintió sudor frío en todo su cuerpo... No pudo contenerse, y como si despertase á un durmiente para librarle de los fingidos horrores de angustiosa pesadilla, le dijo: «Maxi, hijo, ¿qué haces?» Él la miró con gran tranquilidad.